

DR. JOSÉ MIGUEL  
GAONA

# EL LÍMITE

UNA PROFUNDA INVESTIGACIÓN SOBRE  
LA CONSCIENCIA, EL CEREBRO Y LAS  
EXPERIENCIAS CERCANAS A LA MUERTE



POR EL AUTOR DE *AL OTRO LADO DEL TÚNEL*  
MÁS DE 50.000 EJEMPLARES VENDIDOS



## Índice

Dedicatoria

Agradecimientos

Prólogo

Introducción

- I. El miedo a la muerte. ¿Cómo afrontarlo?
- II. Los límites de la muerte. ¿Qué es estar muerto?
- III. Nuestra consciencia. ¿Dónde nos encontramos?  
¿Quiénes somos?
- IV. La consciencia (quizás) no local
- V. Consciencia y vidas pasadas
- VI. Los 21 gramos del alma
- VII. Animales y consciencia
- VIII. Experiencias del final de la vida
- IX. Visitas antes de fallecer
- X. Experiencias de muerte compartidas
- XI. Visiones de personas ya fallecidas
- XII. El efecto «cumbre de Darién»: visiones de fallecidos  
sin saber que habían muerto
- XIII. ¿Qué son las ECM?
- XIV. Frecuencia de presentación de las ECM
- XV. Posibles causas de una ECM
- XVI. Profundizando en el entorno cultural
- XVII. Lóbulo temporal: ¿presencias?
- XVIII. Experiencias extracorpóreas
- XIX. El túnel y la luz
- XX. La revisión vital
- XXI. Experiencias infernales
- XXII. Encontrándose con los espíritus: el punto de no re-  
torno
- XXIII. El casco de dios

- XXIV. ¿Existe realmente la muerte?
- XXV. Acompañando al moribundo
- XXVI. El instante de la muerte
- XXVII. Más allá de la luz
- XXVIII. ¿Por qué las ECM cambian nuestra vida?
- XXIX. Neurología: ¿experiencias paranormales o psiquiátricas?
- XXX. Habilidades paranormales adquiridas

Anexo. Críticas

Notas

Créditos

*A Lourdes.*

## Agradecimientos

Quiero dar las gracias, una vez más, a todas aquellas personas que vivieron una experiencia cercana a la muerte y que la compartieron conmigo. Muchas de ellas pertenecen a Proyecto Túnel, un grupo internacional formado en Facebook que aglutina a miles de personas que también han sufrido una ECM.

Al profesor Michael Persinger de la Laurentian University, ser humano de inteligencia excepcional y enorme sentido del humor capaz de hacer de lo complejo una cuestión sencilla. El haber tenido la oportunidad de trabajar en su departamento junto a los demás profesores y doctorandos me abrió aún más la perspectiva de lo que quizás esté sucediendo alrededor nuestro y con nosotros mismos.

A los profesores Stuart Hameroff, Sam Parnia y Peter Fenwick, de la Universidad de Arizona, Universidad Estatal de Nueva York y King's College de Londres, respectivamente, y a Penny Sartori, enfermera intensivista, por colaborar con información única en la elaboración de este libro.

A mi gran amigo Iker Jiménez y a Carmen Porter porque, además de apoyarme, tienen las mismas ganas de aprender que me mueven a mí. La vida es corta, Iker, tenemos que darnos prisa.

A mi familia, a la que abandoné tantas veces por viajes sin fecha de vuelta con el objetivo de empaparme de más conocimiento. Incluso a aquellos que ya no están en este

mundo porque también, gracias a ellos, para bien o para mal, soy quien soy.

A todos los compañeros del ámbito científico que han sabido entender que la ciencia es abierta y generosa, fresca de conocimientos, nunca anclada y siempre libre para discutir y avanzar en el aprendizaje de cada pieza de la aparente realidad que nos rodea.

A Oscar Llorens, administrador del Proyecto Túnel, que con su buen hacer y perseverancia ha hecho posible la existencia de dicho punto de encuentro.

A la New York Academy of Sciences por su apoyo en la recopilación de material y artículos científicos de los que, en parte, se ha nutrido esta obra.

Y, por último, a las personas de mi editorial que sufren con cada interminable entrega, particularmente a Mónica Liberman por su paciencia y por azuzarme para acabar algo que es inacabable.

## Prólogo

Los ojos del chico se clavaron en los míos. Él estaba ahí mismo, delante de mí, muriéndose. Y yo mirándole, cargado de impotencia mientras le veía palidecer por momentos. Instantes antes se había abierto una trampilla en la parte trasera de la tanqueta y quedé prácticamente deslumbrado por el sol del mediodía. El ruido del motor era ensordecedor y el olor a gasoil mareante. Apenas atiné a gritar:

—¿Es aquí donde nos tenemos que bajar?

—¡Sí, aquí es! —dijo con voz de mando el sargento a cargo del armatoste blindado.

Salí, ciertamente aturdido, tan solo para descubrir que me encontraba mucho más lejos del hospital de lo que pensaba. Montañas de cascotes parecían rodearme por doquier y las explosiones, lejanas y cercanas, completaban el cuadro. Escuchar detonaciones y no conocer ni su procedencia ni su objetivo llena de angustia al hombre más bragado. Un muro repleto de agujeros de todos los calibres era la fachada, y la cruz roja pintada en el tejado servía de diana a todos los francotiradores en varios kilómetros a la redonda. Me encontraba en el hospital de Mostar, en Bosnia, en pleno cerco croata.

El chico seguía mirándome, tendido en una camilla de tela con bastidor metálico, empapada de sangre, fresca y seca, tanto suya como de los anteriores moribundos que se habían encontrado en ese estrecho pasillo mal iluminado.

En su antebrazo pude distinguir sobre la piel, escrita con bolígrafo, la hora de entrada en el minúsculo hospital. Era tan solo una referencia temporal para ver si valía la pena desperdiciar recursos con el paciente. Si seguía vivo media hora después de ingresar quizás se podría hacer algo con él. En un hospital donde se lavaban las vendas para volver a utilizarlas, se operaba sin anestesia y los perros se paseaban por doquier, la situación era realmente límite.

El chico seguía con la mirada clavada en la mía, como dos anzuelos en mi retina. Imagino que pensar que yo era médico le haría creer en alguna probabilidad de sobrevivir. Lo cierto es que, en ese momento, no disponía ni de un triste suero que pudiera evitar la catástrofe a la que se veía abocado. En un momento determinado creí adivinar que me miraba, pero que él ya no estaba ahí. La mirada era vacía y lejana. Sus ojos se cerraron sin que su cuerpo hiciera el más mínimo aspaviento. Obviamente me temí lo peor. Sin embargo, pocos segundos después volvió a abrirlos. Esta vez de una manera desmesurada, mientras tendía la mano para sujetarme por el antebrazo. Estaba intentando transmitirme algo. No podía hablar, pero su expresión lo decía todo. Esta vez sus ojos se entrecerraron algo más lentamente y la mano se desprendió, cayendo a su lado.

¿Qué vio o vivió aquel chico, que cambió su expresión? ¿De qué tuvo conocimiento? ¿Qué intentó transmitirme? Su cuerpo se quedó conmigo, pero ¿dónde estaba él? Este libro trata justamente sobre ello.

## Introducción

Soy humano y tengo la certeza de que voy a morir. Encerrado en mi caja de calcio, intento a través de mis limitados cinco sentidos averiguar qué me rodea, quién soy, cómo soy e incluso dónde estoy. Soy consciente de que los colores tal como los concibo no existen, que son tan solo oscilaciones de la luz que mi cerebro transforma en códigos en lo más íntimo de mí. El aire vibra a mi alrededor y golpea el tímpano transmitiendo señales hasta que, otra vez mi cerebro, lo traduce en impulsos nerviosos y oigo algo que no existe como tal. Desconozco qué sucede alrededor. Si acaso lo que me rodea está en tinieblas y provisto de un silencio sepulcral. Vivo encerrado en ese cuerpo, interpretando una sinfonía de estímulos que quizás se parecen tan solo a una parte de la realidad.

Sería relativamente fácil escribir otro libro sobre las experiencias cercanas a la muerte (ECM) cargado de historias y anécdotas que muchas personas me han referido. En definitiva, otro libro más similar a tantos que se han editado en los últimos años. Incluso podría haber escrito una segunda parte con el material sobrante y no publicado de mi obra anterior, *Al otro lado del túnel*. No habría sido especialmente complicado. Sin embargo, en estos tres años me he estado alimentando de las que creo son las mejores fuentes de conocimiento a nivel mundial en relación al principal factor involucrado en las ECM, como es la consciencia. En

definitiva, cuando ocurre una de estas experiencias, la persona que la vive es capaz de relatarla y, al mismo tiempo, se producen una serie de fenómenos que están directamente relacionados con la consciencia. Este es el tema que voy a tratar en este libro.

Inicialmente tuve algunas dudas acerca de abordarlo desde esta perspectiva, pero a lo largo de estos últimos años y a medida que me entrevistaba con los expertos más vanguardistas o trabajaba y colaboraba en universidades extranjeras, planteaba a mis ilustrados interlocutores si acaso no debía centrar esta nueva obra en una mayor medida sobre el nudo gordiano que constituye la consciencia, en vez de contar esas historias que muchas personas han vivido durante su ECM. Relatos que, a pesar de su interés y colorido, nos hacen olvidar en ocasiones la cuestión principal, una vez más: la consciencia. Lo cierto es que este libro no está escrito necesariamente para mis lectores y, por favor, no me malinterpreten: está escrito para poner en orden el conocimiento que nos ronda, así como el propio.

También he meditado mucho acerca de si la obsesión de conocer las ECM pudiera interferir a la hora de entender otros procesos tanto o incluso más interesantes, dándose lo que algún investigador (Wren-Lewis) ha denominado la «confusión de Colón». Hace referencia a que el famoso descubridor fue incapaz, por muy diversos motivos, de darse cuenta de que había descubierto un nuevo mundo. De la misma manera, algunos investigadores pueden obviar que los fenómenos relacionados con las ECM pueden no ser un fin en sí mismos, sino tan solo la punta del iceberg de una información mucho más compleja y profunda que nos haga descubrir ese «Nuevo Mundo».

He tenido la fortuna de conocer a muchas de las grandes figuras en el campo de las ECM, así como en el de la consciencia, y mantener amistad con algunos de ellos: Michael Persinger, Stuart Hameroff, Sam Parnia, Raymond Moody, Eben Alexander, Peny Sartori, Peter Fenwick, Dean

Radin, Janice Holden, Bruce Greyson y un largo etcétera de personas cargadas de conocimiento y con los que, en la actualidad, llevo estudios y líneas de investigación. Todos ellos son expertos en su inmensa parcela de saber, pero no siempre lo integran con el ajeno, por lo que, en ocasiones, no se obtienen nuevos resultados ni se extiende el conocimiento. Quizás la fortuna del lector es que este modesto científico, escritor de estas líneas, ha procurado conocer a todos estos personajes y trabajar en muchos de sus laboratorios, codo con codo con prácticamente todos ellos. También he formado parte del equipo de la Laurentian University (Ontario, Canadá), desde el que jóvenes investigadores maravillan al mundo con sus investigaciones punteras sobre cómo, por ejemplo, afectan las tormentas solares a nuestra consciencia, o sus excepcionales experimentos de enlazamiento entre cerebros. El lector podrá también revisar el grupo internacional al que pertenezco: TAR (Transnational Anomalies Research), en la página [www.tarteam.org](http://www.tarteam.org), para seguir algunas de las investigaciones que tenemos entre manos.

Para ilustrar aún más el panorama, me es fundamental explicar al lector cómo se construye la realidad dentro del cerebro. Todos damos por cierto que lo que vemos y oímos, en suma todo lo que es atrapado por nuestro órgano sensorial principal, el cerebro, es real. Sin embargo, la cuestión es muy distinta: nuestro cerebro va construyendo y jugando con diferentes hipótesis de la realidad y acaba dando por buena aquella que se asemeje lo más fielmente a lo que ocurre en el exterior. Esta es una de las claves para entender el universo que nos rodea, igual que nuestra vida diaria y, por supuesto, las ECM.

La noción de que la muerte representa un nuevo comienzo, tan solo un paso a una vida posterior donde nos reunimos con los seres que hemos amado y donde viviremos eternamente en un

paraíso utópico, resulta un denominador común en la mayor parte de las doctrinas teológicas. Este tipo de vivencias de corte sobrenatural son reforzadas aún más por testimonios de tipo anecdótico ofrecidos por aquellos que parecen haber vivido diversas ECM que, además, dejan una marca indeleble en la vida de esa persona.

Pero para entender en toda su dimensión qué sucede en nuestro cerebro durante una ECM, así como para comprender la relación entre nuestra consciencia, el mundo material y su influencia sobre otras consciencias, cuestión que se da, entre otras tantas, en las ECM compartidas que analizaremos a lo largo del libro, me ha resultado necesario abordar algunas de las principales líneas de investigación en las que me encuentro involucrado, como es la microtelequinesia. Es decir, la influencia de la consciencia sobre el mundo atómico y subatómico que nos rodea. Esta influencia sería una pieza clave para comprender algunos fenómenos asociados con nuestra mente y su repercusión sobre las demás consciencias. Creo que la naturaleza oculta del universo es tan mágica como poderosa y que hay mucho por descubrir. Es mi esperanza e intención que algún día las maravillas de la ciencia y la medicina encuentren un justo balance con las necesidades del espíritu humano.

A la mayor parte de las personas comúnmente llamadas «normales» no les gusta ser el banal resultado de que su cerebro y consciencia funcionen como una máquina. Sin embargo, a muchos científicos no parece incomodarles dicha idea. Ahora bien, me parece que algunos de los llamados «científicos» creen en sus hipótesis no exclusivamente por convencimiento, sino también porque les resulta cómodo para poder sostener el resto de sus creencias y conocimientos.

Comprender la consciencia y la intención (volición) es sumamente importante para percibir cómo funciona nues-

tro cerebro y su relación con la concepción de realidad que nos rodea. Si la consciencia es el resultado literal y mecánico de la actividad cerebral, entonces el universo se asemejaría a una especie de reloj gigantesco. El comportamiento de las máquinas es totalmente predecible: no tienen libertad de elección, funcionan de manera independiente del observador y tampoco poseen un significado intrínseco. Por contraste, si la consciencia parece fundamental para interaccionar con la materia y la energía, entonces nuestro cerebro se constituiría en una especie de receptor de todo, encontrándonos de bruces con un universo permeable a la intención, a la volición, y con un significado infinitamente más profundo.

Si las matemáticas no son otra cosa que representaciones mentales de nuestras observaciones del mundo físico circundante, también parecería razonable decir que estos símbolos matemáticos generados por una «máquina» de poco más de un kilo y medio de tejido cerebral describirían nuestro universo con un grado de precisión tremendo, hasta el punto de que también somos capaces de predecir fenómenos que contradicen a nuestro sentido común, como los agujeros negros o el entrelazamiento cuántico. Por lógica, estas mismas ecuaciones matemáticas deberían incluir, en primer lugar, el funcionamiento de los cerebros que crearon las matemáticas. La pregunta es apasionante: ¿cómo es posible que este tejido, el cerebro, sea capaz de describirse a sí mismo y a otras cosas, prácticamente no comprensibles para él, con tanta exactitud?

Algunos científicos creen que la única cualificación necesaria para publicar, por ejemplo, su punto de vista filosófico, además de la formación científica, es la habilidad para utilizar un lenguaje «natural». Si esto fuese así, no existiría la educación en las profundas y nobles materias de la filosofía. De la misma manera que si un filósofo intentara publicar un artículo sobre, por ejemplo, física o microbiología, pero no tuviese la educación ni los conocimientos necesari-

rios, sería duramente criticado. Sin embargo, no son pocos los científicos que se atreven a ello. Por este motivo, a pesar de que he intentado evitar las disquisiciones de mayor profundidad filosófica, centrándome en las de ámbito científico, espero que cualquier persona mucho más versada que yo en el mundo de Platón, Descartes o Popper sepa disculparme ante la osadía de verme forzado, en ocasiones, a rozar estas disciplinas.

Desde el punto de vista médico, antropológico o psicológico, los casos más relevantes son los más ricos en elementos floridos, lo que podríamos llamar «una buena historia». Sin embargo, desde el punto de vista de la consciencia quizás los más interesantes sean aquellos en los que, cuando las personas aparentemente vuelven a la vida, traen consigo una serie de informaciones relevantes que no habrían podido adquirir por otros medios. Por ejemplo, percepciones fuera del campo de visión durante una experiencia extracorpórea (EEC) que no pudieran haber sido conocidas mediante alguna otra estrategia. En otras ocasiones, procesos mentales extraordinarios acontecidos bajo situaciones neurológicas excepcionales, o bien recibir cierto tipo de información por parte de personas ya fallecidas y que eran desconocidas para todos. Contestar a cómo adquirieron dicha información es también una de las claves de este libro.

Algunos investigadores relacionados con las ECM, como Kenneth Ring o P. M. H. Atwater, han sido objeto de una profunda transformación psicológica personal a medida que avanzaron en sus investigaciones, hasta el punto de que algunos de ellos, particularmente Atwater, ha llegado a desarrollar, según ella, una verdadera sincronicidad a la hora de encontrarse con personas que han vivido una ECM. Por ejemplo, algunas personas se le acercan durante situaciones cotidianas, viandantes por la calle, en un restaurante o el conductor de un taxi, y comienzan a contar alguna de sus ECM de manera espontánea. Atwater reflexiona en voz

alta: «Parece que llevase una camiseta rotulada con: “Cuénteme su ECM”».

No es menos cierto que las ECM son mediadas, indudablemente, a través de ciertos neurotransmisores y estructuras localizadas en el cerebro. Sin embargo, este contenido tan rico y complejo no debe ser reducido a una mera alucinación resultante de un cerebro que está viviendo sus últimos momentos. El significado y la importancia de las ECM, al igual que sucede con la realidad de cualquier experiencia humana, no debe ser reducido a un sencillo proceso neurológico, ya que intervienen multitud de factores en lo que denominamos «una gran experiencia humana». A este respecto, una mirada de estudios científicos relacionados con la consciencia y que iré desgranando a lo largo de esta misma obra podrían poner en duda algunos de los conocimientos aparentemente más sólidos heredados del siglo xx. Unos cuantos cambios en estos pilares podrían ser ignorados, pero si estos persisten, el paradigma dominante científico acabará por desmoronarse como, de hecho, creo que está ocurriendo en la actualidad

Respecto a las ECM propiamente dichas, han sido observadas en prácticamente todas las culturas y se pueden encontrar en una amplia muestra de textos literarios, incluso la Grecia antigua. En mi primera obra acerca de las ECM, *Al otro lado del túnel*, ya mencionaba que este tipo de asuntos se remontan a la antigüedad. Por ejemplo, hace poco más de dos milenios Platón describía en «El mito de Er» (*La república*) una de las más antiguas referencias relacionadas con las ECM. En este relato, el soldado Er relata, en su vuelta a la vida, cómo otros son juzgados en el más allá, y si bien no llega a experimentar una revisión vital, sí cuenta cuestiones similares a las que hoy en día, más de dos mil años después, los humanos siguen experimentando como una evidencia innegable. Por otro lado, en muchos relatos medievales varios de los elementos que se suelen citar en las ECM actuales, como la sensación de paz, el tú-